

LIUDMILA PETRUSHÉVSKAIA

ÉRASE UNA VEZ UNA MUJER
QUE QUERÍA MATAR AL BEBÉ
DE SU VECINA



ATALANTA

Fiel a la rica tradición oral de su país, donde las mujeres tienen un talento natural para contar historias, Liudmila Petrushévskaja cautiva la imaginación con estos relatos directos, tan cercanos al espíritu místico y pesadillesco de Poe como a la sobria exactitud realista de Chéjov. Cada cuento transmite el peso de la vida y, al mismo tiempo, el roce vertiginoso de lo extraño. Pero lo insólito siempre acaece a gente corriente: un coronel que acaba de perder a su esposa y habla con ella en sueños; una mujer que odia a su vecina y vive con ella y su niño en un mezquino apartamento de dos habitaciones; un joven que anuncia a una familia la horrible noticia de que una epidemia se ha extendido por toda la ciudad. A veces los personajes se identifican con lo puramente fantástico: una gorda inmensa, que necesita tres sillas y dos camas para descansar, se convierte cada noche en dos deliciosas bailarinas que danzan por la casa; o una muchacha que ha perdido la memoria y se encuentra en un lugar desconocido y que es recogida por un camionero monstruoso y un siniestro encapuchado... «Canciones», «alegorías», «réquiems» o «cuentos de hadas», los denomina su autora. En cualquier caso, todos estos relatos, como dice Jorge F. Hernández en su prólogo, transpiran una rara adrenalina.

TRADUCCIÓN: FERNANDO OTERO



ARS BREVIS

ATALANTA

55



LIUDMILA PETRUSHÉVSKAIA

ÉRASE UNA VEZ UNA MUJER
QUE QUERÍA MATAR AL BEBÉ
DE SU VECINA

PRÓLOGO
JORGE F. HERNÁNDEZ

TRADUCCIÓN
FERNANDO OTERO



ATALANTA

2011

En cubierta: Cortesía de boners.com
En contracubierta: Foto de la autora de Anastasia Kazakova

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: Два царства (*Dva tsarstva*)

© Ludmilla Petrushevskaya, 1991

© De la traducción: Fernando Otero

© Del prólogo: Jorge F. Hernández

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483, Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-938466-0-2

Depósito Legal: B-7.240-2011

ÍNDICE

Prólogo

9

Canción de los eslavos orientales

El brazo

19

Venganza

24

Un suceso en Sokólniki

30

La despedida de una madre

33

Alegorías

Higiene

41

Un alma nueva

56

Los nuevos Robinson

66

El milagro

86

Réquiems

El dios Poseidón

111

Te quiero

115

La casa de la fuente

126

La sombra de la vida

138

Dos reinos

145

Hay alguien en casa

155

Cuentos de hadas

El padre

173

Mamá repollo

182

El secreto de Marilena

191

El testamento del anciano monje

213

El abrigo negro

232

PRÓLOGO

Liudmila Petrushévskaja nació en Moscú en 1938; el mundo y en particular la Unión Soviética se hallaban al filo de sortear dramáticos cambios y eventos trascendentales que hacen de la vida de Petrushévskaja un fiel testimonio del abigarrado siglo XX, y de su obra, un testimonio artístico de sobrevivencia. Heredera de virtudes narrativas de los grandes autores de la literatura rusa —específicamente, la minuciosa introspección que lograba Antón Chéjov en sus relatos—, Petrushévskaja es actualmente la más destacada y notable autora rusa contemporánea.

Su novela *Tiempo de noche* quedó finalista del prestigioso Premio Booker ruso, y otra de sus novelas, *Svoi Krug*, es considerada un clásico moderno en torno a la desmitificación y denuncia de la *intelligentsia* soviética durante la década de 1980, que enmarcaría su total decadencia y, al final, la desaparición misma de la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas.

De hecho, la obra de Petrushévskaja podría resumirse como espejo y ventana de la vida cotidiana, los enredos sociales y la insinuada podredumbre política de toda una época a través de los tormentos y pequeñas ilusiones de personajes absolutamente creíbles en medio de escenarios irreales o fantásticos. Por lo mismo, las obras de Petrushévskaja padecieron constante censura y diversas limitaciones para su publicación. No es sino hasta 1973, año en que Petrushévskaja logra publicar dos relatos en una revista de Lituania, cuando su obra inicia su despegue y multiplica su lectura. Hasta entonces, Petrushévskaja había logrado el reconocimiento con algunas puestas en escena y guiones para radio y televisión, así como diversos trabajos de edición, traducción y periodismo.

Petrushévskaja ha declarado ser «no más que oyente de la tradición oral femenina rusa. Rusia es tierra de mujeres que son narradoras extraordinariamente talentosas; cuentan sus historias tal cual, sin inventar nada». En particular, se la considera la madre de la literatura feminista rusa posmoderna por concederle voz y presencia a mujeres de diferentes ámbitos y estratos: grabando su habla en tinta con parlamentos y diálogos directos o haciéndolas hablar con claroscuros de desesperación y constante desasosiego. De aquí la incomodidad que suscitaban sus cuentos en círculos oficiales y la avidez por publicarla en cuanto se desmoronó el dinosaurio: Petrushévskaja publicó uno de sus relatos más célebres, «Los nuevos Robinson», en la misma edición de la revista *Novy Mir* donde apareció *El archipiélago Gulag*, de Alexander

Solzhenitsyn. A partir de entonces, la carrera literaria de Petrushévskaja se consolidó no sólo porque el paso del tiempo y la suma de sus lectores apuntalan los quince volúmenes de relatos que lleva publicados a la fecha, sino también por el reconocimiento oficial de su calidad literaria, lo cual quedó manifestado en el año 2008, cuando el gobierno ruso lanzó un festejo a nivel nacional con motivo de su cumpleaños. Algo que hubiese sido impensable bajo las cuadrículas culturales del antiguo régimen.

Petrushévskaja ha sido galardonada con el Premio Pushkin (2003), el Premio del Estado Ruso para las Artes (2004), el Premio Stanislavski (2005) y el Triumph Prize (2006), además de contar con un creciente número de lectores y con sus obras traducidas a más de treinta lenguas. Sin embargo, su figura de enemiga de toda banalidad y su fantástica habilidad para revelar la crudeza de la existencia humana la mantienen en el gusto del público no sin polémicas y detractores: hay quienes no perdonan la descarnada agudeza con la que retrató a los habitantes de un mundo que ha quedado en blanco y negro, así como otros se azoran ante su polifacética actividad artística, ya como pintora que expone en galerías de prestigio o cantante de sus propias canciones, ya como traductora de temas musicales en otras lenguas, que ella misma interpreta acodada sobre la cola de un piano en algún cabaret de Moscú, o bien en teatros y auditorios.

Quien se aventure a descifrar el policromado mural que se desdobra al abrir cada una de las sucesivas muñecas que conforman la biografía o bibliografía de

Liudmila Petrushévskaja se encontrará de pronto ante un paisaje multiplicado donde convergen las voces de muchas otras mujeres, los fantasmas de anónimos desahuciados, la nómina de víctimas y esas listas irracionales de tantos habitantes que conforman el país alterno, la otra patria, donde se propuso sobrevivir ella misma a pesar de las censuras, la imposibilidad de publicar, las críticas adversas y fáciles. Sea en la navegación de novelas, el afán del teatro, la aventura cinematográfica, los óleos sobre tela o el encantamiento del cuento corto –género que domina con maestría, como se demuestra en este libro–, Petrushévskaja ha conformado lo que podríamos definir como travesías nocturnas: viajes del sueño a territorios donde se confunde lo racional con todo lo bizarro e inexplicable a simple vista. Ella misma subtuló como «Posibilidades de Menipea» uno de sus largos relatos fantásticos, en alusión a esa forma de la sátira en la literatura clásica griega donde la prosa se sumerge en las noches del inframundo para hablar con los muertos y así burlarse del mundo de los vivos. Todas las voces que conforman al ciego Homero hablan de la travesía nocturna con la palabra griega *nekyia* que se pronuncia cuando Odisea bebe sangre humana para conversar con los muertos, allí donde se trastocan los tiempos y el espacio se expande o comprime tanto como quien podría suscribir la sentencia barroca, como Quevedo, de ser a un mismo tiempo *un fui, un seré y un es cansado*. Petrushévskaja deja entonces que su prosa fluya por esos reinos aparentemente intangibles que se esconden tras los telones aterciopelados de la realidad

palpable, y más que *nekyias* o meras travesías nocturnas de quien narra sueños, ella declara explorar con sus cuentos «los huertos de posibilidades inusuales».

Este libro contiene una magnífica cosecha de tales huertos, divididos por su autora en cuatro claves que quizá responden tanto al ánimo con el que los inventó como al tono con el que los narra. Una primera fanega queda catalogada por Petrushévskaja bajo el ánimo de ser una *Canción de los eslavos orientales*: cuatro narraciones del género fantástico en estado puro, que encantarían al propio Borges o a Bioy Casares en noches de largo insomnio: el largo y lánguido adiós de una madre donde se confirma que la tumba es un lugar sin sosiego; el brazo fantasma de un militar que no sabe si vive muerto; el pálido suplicante que insiste sin explicaciones buscando ayuda para enterrarse, o la sutil saliva de la venganza de una madre que ha descubierto, no sin escalofríos, el cuento de la mujer que intentó matar a su hija.

El siguiente tipo de cultivo que ofrecen los cuentos de Petrushévskaja viene bajo el título de *Alegorías*. Cuatro cuentos que no me atrevo a definir macabros, aunque transpiren una rara adrenalina que parece volver incandescentes las páginas donde se enredan las raíces de sus respectivas tramas, los muchos hilos de esas «inusuales posibilidades» donde la obsesión por la higiene de una familia en desgracia parece quedar cifrada en la mirada intraducible de un gato o la ilimitada geografía por donde bogan errantes las almas, ánimas exiliadas que pueden variar de cuerpo y biografía, o el milagro que transparentan las huellas

de un ahorcado, allí donde todas las vidas se condensan en una sola neblina de muerte, y así también el cuento de «Los nuevos Robinson», donde Petrushévskaja, sin necesidad de precisar críticas específicas, alusiones directas o nombres propios, revela la desoladora debacle de un país y sus utopías a través de la narración del naufragio de una familia al filo de la nada, en medio de seres que ya no parecen humanos, donde cualquier hierba se vuelve comida.

Como *Réquiems* titula Petrushévskaja la siguiente media docena de cuentos breves, túmulo funerario que va del manto de espumas con el que los mares arropan a sus ahogados al terror verídico y palpable de saber que hay alguien en casa cuando podríamos jurar que estamos solos, leyendo un libro de cuentos de una autora rusa que por puro azar nos cayó en las manos para espanto de las madrugadas. El mismo puro azar que Petrushévskaja destila en el cuento de un amor que deja de ser anónimo con sólo leerlo, o en el titulado «La sombra de la vida», que no es más que genial en todo el sentido de su lectura. Completan este tono de relatos el cuento donde Petrushévskaja une en párrafos creíbles la increíble convivencia de la vida con la muerte y el que titula «La casa de la fuente», donde una muñeca durmiente, una bella soñadora eterna, nos hipnotiza aun a sabiendas de que los sueños no cuentan en los balances finales del miedo o la incertidumbre.

Como ella misma, los cuentos de Petrushévskaja se desdobl原因 como una matrioska, esa muñeca rusa que quizá lleva en el fondo, allí en la más pequeña de las

muñecas encerradas, un alma negra como pulpa de ficción y engaño. De aquí los cuentos que Petrushévskaja bautiza como *Cuentos de hadas*, quizá por trastocar la etimología convencional: cuentos ajenos a moralinas y banalidades; historias contadas en voz alta, al filo del sueño, que se narran como quien canta una nana; cuentos que hablan en llano y van del enigmático inicio donde leemos que «Érase una vez un padre que no podía encontrar a sus hijos» hasta desdoblarse en el recuento de una dolorosa soledad que, en medio de una tormenta de nieve, se transforma en auténtica paternidad; o el cuento desgarrador que empieza por decirnos que «Érase que se era una mujer que llevaba a su diminuta, minúscula, microscópica hija neonata en una caja de cerillas» para convertirse en el desgarrador cuento de una locura materna entre las hojas de una verdura llamada repollo aunque parezca la rosa convertida en corazón; y cierran estos cuentos de hadas, que en realidad no son sino más bien su contrario, el testamento de un viejo monje, la biografía inanimada de un abrigo negro o el enigmático secreto de una mujer obesa, inmensa, cetácea que en realidad había sido no una, sino dos mujeres que por sortilegio de un mago malévolo se convirtieron en una sola mujer inmensa, gorda de circo, capaz de devorarse en pocos minutos –y para carcajadas de su público– un buey entero, asado bajo la carpa.

Liudmila Petrushévskaja es una de las más notables escritoras contemporáneas. Su parentesco con todos los artistas y pensadores rusos que se resistieron a cualesquiera formas de la opresión en tiempos auto-

ritarios y soviéticos, así como su filiación con todos los autores que padecieron censura, tanto como sus talentos como pintora o esa voz que canta envuelta en serpientes de plumas y anchos sombreros, conforman la detallada decoración de todas las Petrushévskaias que, como una matrioska, se encierran sucesivamente y a escala en su biografía, bibliografía, pinturas y canciones. Aquí lo que más importa es subrayar la trascendencia de su literatura, multiplicada al instante por el contagio y complicidad que establece su lectura; clonada en la imaginación que comparte con estos cuentos que se desdoblán como quien deshoja, página a página, un montón de piedras: silencio de nieve, neblina de espectros, la vida misma entre la imaginación y la memoria, con la brevedad como confirmación de la maestría... para volver a contar los miedos que nos desvelaban de niños, las seguridades donde se fincaba la tranquilidad en la infancia, o bien confundirnos los rostros que aparentemente eran ajenos en la ventana que resultó ser espejo.

Jorge F. Hernández



Liudmila Petrushévskaja es la autora más destacada de la literatura rusa contemporánea. Nació en 1938 en Moscú, ciudad en la que sigue residiendo. Pintora, dramaturga y cantante de sus propias canciones en algunos teatrillos y cabarets moscovitas, tiene publicadas quince colecciones de relatos y varias novelas, como *Tiempo de noche* (1992) y *Svoi Krug*, considerada un clásico moderno sobre la denuncia de la intelectualidad soviética en la última década de la era comunista. El reconocimiento le llegó tarde. En 2003 recibió, a los 65 años, el más prestigioso premio nacional de las letras rusas. Al año siguiente fue galardonada con el Premio Pushkin; en 2004, con el Premio del Estado Ruso para las Artes, y en 2005, con el Premio Stanislavski. A partir de entonces su obra ha sido traducida a más de treinta lenguas y sus piezas teatrales representadas en todo el mundo. En 2010 obtuvo en Estados Unidos el Premio Mundial de Fantasía por la obra que publica ahora *Atalanta*.

Ars brevis



www.atalantaweb.com